

El cinismo del último injusto

ANA LAURA PIOVANO

“No quiero ser el último de los justos porque ya ha habido demasiados, de ahí que prefiera ser llamado el último de los injustos. Se asimila justo a mártir, y ya son demasiados los mártires, lo que no significa que todos ellos sean justos”

Benjamín Murelstein a Claude Lanzmann (2013)

Introducción

El punto de partida de este trabajo es la siguiente hipótesis: ante el desgarramiento traumático, ante el agujero en la trama simbólica mejor o peor entretejida, se elige. Hay detrás de cada elección, en los bordes de ese margen, aun en el más pequeño, una decisión ética.

El trauma supone siempre una contingencia, un encuentro imprevisto y azaroso en el que el sujeto está implicado. Desde la perspectiva de los efectos subjetivos del terrorismo de Estado, se demuestra que allí donde queda anonadado, la política del terror tiene una eficacia absoluta.

Dicho esto, afirmamos que hasta en el mayor genocidio de la historia, el aún hoy recurrentemente llamado holocausto como si de un sacrificio se tratase, hubo distintas respuestas.

Hubo mucha gente que pudo superar el momento de perplejidad y hacer algo: hubo aquellos que hicieron lo que tenían que hacer, aun a riesgo de su vida.

Ahora bien, este “*hacer lo que hay que hacer*” no es unívoco.

Para algunos de ellos cupo una “*nominación*”: “*los justos*”. “*Justos de las Naciones*” es una distinción oficial que surge de la “ley de recordación de los mártires y héroes” aprobada en 1952 por el parlamento israelí. Otorgada a no-judios que arriesgaron sus vidas para salvar judíos tras la “solución final”, proviene de una frase de Maimonides “*Los justos de las naciones del mundo tendrán parte en la vida eterna*” (Hiljot Melajim, 8: 11).

Tal como reza *Shoa la enciclopedia del Holocausto* (2004) tras la propuesta del nombre de un salvador sus acciones y motivaciones son objeto de investigación, la distinción es fruto de un cuidadoso juicio.

Hasta diciembre de 2003, 20.200 hombres y mujeres habían sido honrados con ese título. En 1996 se inauguró un bosque con árboles plantados por ellos [...] El elevado número de Justos prueba que el salvamento era posible a pesar de los peligros. Los que han sido honrados con esta distinción, no solo han salvado vidas judías, también han restablecido la fe en la humanidad (Zaddof, 2004: 309-311).

Ahora bien, al lado de los justos hubo “los injustos” aquellos que en tales circunstancias y por distintas razones fueron los encargados de dialogar (con un mayor o menor margen de negociación) con los nazis: ¿traidores o víctimas por duplicado? Conviene dejar no apresurarse a cerrar la cuestión, dejando el interrogante abierto.

Tras este pequeño prólogo volvamos entonces a la cita inicial. Roma, 1975. Quien habla es Benjamín Murmelstein, quien fuera presidente del Consejo Judío del campo de concentración de Theresienstadt (Therezín en checo). Su interlocutor es un joven

Claude Lanzmann, que está realizando entrevistas para elaborar el mayor documento testimonial Shoah. Sus palabras, las del otrora Gran Rabino de Viena, forman parte de un film presentado en 2013, en Cannes. Conocemos de él a través de la entrevista de Anaëlle Lebovits-Quenehen en la sección Afinidades de la página de nuestro último congreso de la AMP *Un real para el siglo XXI (2014)*. “Lo real bajo la experiencia de *Le Dernier des injustes*” es cernido a través de algunas preguntas: “¿A qué imposible confrontó el último presidente del consejo judío del campo de Theresienstadt a Claude Lanzmann? ¿Por qué esta alternativa se impuso al director: una película centrada sobre él o nada? ¿Y por qué finalmente esta película mejor que nada?”

Traducido su título como *El último de los injustos* el film es una perla. Fruto de una pérdida (la de un conjunto de tomas de material fílmico conservado en el Museo del Holocausto en Washington) y una sensación “*atrapado por la rabia*” tras el estreno de Shoa en Viena, se recorta un pensamiento “*No todo se salva*” y una decisión: “*si debe haber una película con Marmelstein, soy yo quien la hará*”

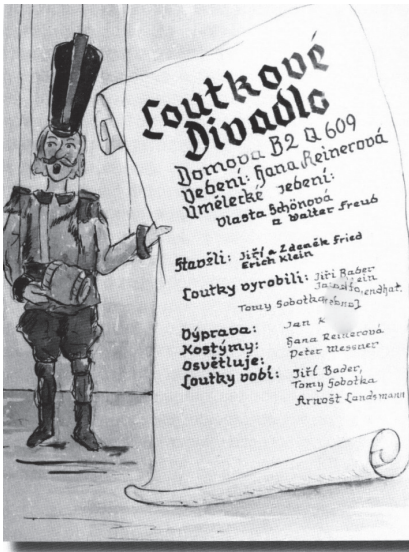
Conocemos al director, por la monumental *Shoa*, que hubiera de estrenarse en 1985. Los años, también para él pasan. Tras la muerte del rabino en 1989 Landzmanha comprendido, dice, que no tiene derecho a guardarse para sí sus valiosas palabras. Es así como en 2012, casi cuatro décadas después del encuentro con el último de los consejeros judíos, Claude Lanzmann, con 87 años, sin enmascarar el efecto del paso del tiempo en el hombre y poniendo de manifiesto la increíble permanencia de los lugares, recupera esas entrevistas filmadas en Roma en una vuelta a la eterna Theresienstadt.

Y para dar a luz una historia, resucita la imagen y la voz de Marmelstein para mostrar una versión. Así se lo ve, puede vérselo

en una esgrima dialéctica con él, con altas dosis de inteligencia, coraje, ironía y sarcasmo. Como Funes, el personaje de Borges, Murrelstein parece no tener olvido, es lúcido y crudo. Con testimonios escritos-leídos, algunas fotografías, Lanzmann recorre Therezin.

No obstante, el tesoro no radica allí sino en el impecable talento para el forzamiento por parte del entrevistador que a lo largo de horas y horas le hace decir al entrevistado, que no se esconde tras palabras bonitas, lo que allí se encontró “Miradas, piel y huesos”. Se trata de un material doblemente rico. Por un lado, para saber cómo fue la vida en ese gueto, que la propaganda goebeliana publicitó como “la ciudad que Hitler regaló a los judíos”. Pero por otro, para atisbar “un modo de hacer allí con...” singular.

Therenziensthatd, Therezin o “Un lugar siniestro, de una belleza inolvidable”



Afiche promocionando una actuación del teatro de títeres. Theresienstadt

Con el oxímoron que la describe en *El último de los injustos*, vamos a Therezín.

Base militar ubicada en la Bohemia, ocupada por los nazis en 1939, por su situación estratégica, dos años más tarde habrían de convertirla en un campo de tránsito para los judíos deportados hacia el Este. En principio, según la Enciclopedia del Holocausto, fue establecida para albergar allí a la mayoría de los judíos del Protectorado de Bohemia y Moravia, pero también a judíos ricos, figuras conocidas o destacadas en su quehacer profesional de Alemania y Europa occidental. En virtud de la presencia de esta población es que se realizarían allí diversas actividades culturales. Ejemplo de esto es el afiche que acompaña, una función de teatro de títeres. En ella un apellido nos es conocido: Freud. No lo sabemos, podría tratarse de algún familiar del vienés.

Lo cierto es que en la creencia de que la existencia de un “asentamiento judío modelo” habría de evitar las deportaciones, los dirigentes judíos checos hubieron de apoyar su instalación. Pero cuando a fines de 1941 comenzaron a arribar los primeros pronto hubieron de percibir que esto lejos estaba de torcer el destino. Dos meses después 2000 judíos eran deportados. Presentando a Thereziensthatd como un gueto modelo, podría encubrirse el exterminio del judaísmo europeo y al mismo tiempo ir deportando paulatinamente reclusos hacia campos de exterminio.

Llegó a tener 53000 prisioneros; al fin de la guerra tras las deportaciones a Auschwitz y Treblinka quedaban solo 11.068. El gueto estaba bajo las ordenes de las SS y custodiado por policías checos.

Los asuntos internos eran regidos por el Consejo de Ancianos que confeccionaban las listas de deportación a la vez que controlaban cuestiones de salud, culturales, apoyaban secretamente la educación. Bajo la dirección del coronel de las SS Siegfried Seidl,

se nombra presidente del Consejo de Ancianos Judíos, responsable de la “*administración judía*” de Theresienstadt al primero de ellos, el líder sionista de Praga, Jacob Edelstein.

En enero de 1943 Eichmann nombra a Paul Eppstein de Berlín y Benjamín Murmelstein de Viena copresidentes, junto con Edelstein, del Judenrat de Theresienstadt.

Serán estos tres hombres los encargados de mantener el orden en Terezín y, sobre todo, mantener la ficción que supone dicho campo. Joseph Goebbels y sus publicistas venden a Alemania y al resto del mundo “*una ciudad balnearia*” donde los ancianos judíos van a disfrutar de su jubilación. Eso tranquiliza muchas conciencias en el Reich, cuando ven partir en los trenes a tanta gente que nunca regresa.

Murmelstein gobernaba un orden de hierro, imponía la justicia, los castigos a los que no cumplían las normas.

En 1943 Edelstein es asesinado en Auschwitz, al año siguiente las SS fusilan a Paul Eppstein, con lo cual al finalizar la guerra Murmelstein se convierte en el único superviviente de los jefes judíos de Terezín.

Acusados de colaboracionismo, Murmelstein pasa un año y medio preso. Es claro cuando afirma que

se lo puede condenar, pero no juzgar, porque para juzgarlo habría que haber estado en su lugar, alega que no había posibilidad de rebelarse, así que aceptar la realidad e intentar evitar un daño mayor era lo único que podía hacerse; y era lo que hizo (Lazmann, 2013).

Durante su cargo en la oficina de emigración judía consiguió que miles de personas pudieran escapar hacia España y Portugal; durante su mandato –ficticio, como él recuerda– en Terezín la

colaboración con las autoridades evitaba al conjunto de los internos daños mayores, y ayudaba a salvar algunas vidas, aunque hubiera que sacrificar otras. En condiciones sanitarias deplorables, las epidemias estaban a la orden del día, en un incremento de la tasa de mortalidad, pero no hubo hasta 1943 hospital allí. Desde el Consejo de Ancianos se distribuían los trabajos, alimentos, alojamiento. Benjamín Murelstein pasa a formar parte de él en 1942, situándose en el ojo de la tormenta, una zona de contornos grises y desdibujados.

Si se quiere mantener el orden en una comunidad heterogénea y condenada al encierro como la que había en el gueto de Theresín uno no se hace muchos amigos, no resulta muy simpático. El lugar en sí mismo no era nada agradable, se lo puedo asegurar. Era un lugar en el que solo se pensaba en lo inmediato, por la mañana se pensaba en la tarde y por la tarde en la noche. Lo más lejos en lo que se pensaba era el día siguiente (Lanzmann, 2013).

Hacia fines de 1943 la opinión pública internacional comenzó a alertarse de lo que estaba ocurriendo en los campos de concentración nazi. En pos de operar a contrapelo de esa información que comenzaba a salir a luz los nazis tomaron una decisión con consecuencias para el gueto. Decidieron autorizar una visita de Cruz Roja Internacional a Theresín.

En el artículo “Theresienstadt” de la *Shoa Enciclopedia del Holocausto* (pp. 475 y 476) hacen referencia a esta pantomima:

Primero hacía falta preparar el gueto: los alemanes aliviaron el hacinamiento deportando prisioneros a Auschwitz: construyeron un café, negocios, un banco, jardines de in-

fantes y una escuela. Todos ellos ficticios: plantaron flores y filmaron una película de propaganda que presentaba la vida en Terezin como idílica y confortable. La comisión llegó el 23 de julio de 1944. Los prisioneros que se entrevistaron con sus integrantes habían sido advertidos de antemano sobre cómo comportarse y qué decir. La visita fue un éxito –las SS lograron engañar *completamente a la comisión* (Zaddof, 2004)

Según los datos que exhibe el artículo “Theresienstadt” de la SHOA *Enciclopedia del Holocausto*, de un total de 140.000 judíos, que fueron llevados a Therezín, 33.000 murieron allí, 88.000 fueron deportados a campos de exterminio, y 19.000 sobrevivieron. De los que fueron deportados, solo 3000 sobrevivieron (Zaddof, 2004).

El “salvamento por el trabajo” fue la solución de compromiso para algunos consejos judíos. El argumento, simple: si el trabajo era esencial para la economía de guerra, los alemanes no podían darse el lujo de eliminarlos a todos.

Durante los últimos meses del gueto arribaron muchos judíos provenientes de Eslovaquia, Hungría, el protectorado de Bohemia y Moravia, Alemania, Austria y Dinamarca. Cerca del fin de la guerra, la Cruz Roja transfirió a algunos de ellos a países neutrales. En abril de 1945 los alemanes llevaron a miles de prisioneros evacuados de los campos de concentración. Esto produjo el estallido de nuevas epidemias. El 3 de mayo los nazis entregaron a Therezín a la Cruz Roja, el gueto fue liberado el 8 de mayo por tropas soviéticas. El último judío abandonó el 17 de agosto de 1945 (Zaddof, 2004: 476).

El último de los injustos

–Me ha costado mucho encontrarle. Mucha gente había dicho “Murmelstein murió” –dice Claude Lanzmann.

–Le diré algo: les voy a dar la razón a quienes lo dijeron –responde Benjamín Murmelstein (2013).

El documental, sin velos, es de alto impacto. Oscuramente claro o claramente oscuro, es honesto intelectualmente y crudamente directo.

Transparente, Benjamín Murmelstein nos lleva de la mano sin cuidarnos de nada, a una escena terrible. Con fluidez coloquial, sin eufemismos, responde a las preguntas con lucidez y sin tapujos. A contrapelo de la ignominia, su relato da vida a miles de judíos checos, austriacos, bávaros..., no faltan nombres y fechas.

Entre noviembre de 1941 y la primavera de 1945, ciento cuarenta mil judíos desembarcaron en este mismo andén o fueron desembarcados, mejor dicho, para ser conducidos a Theresienstadt o, como aún la llaman los checos, Terezin: la ciudad que Hitler le había regalado a los judíos (2013).

Hoy museo, fue la escenografía elegida para un montaje de horror exquisito, la campaña propagandística goebbeliana “*El Führer regala una ciudad a los judíos*” que el film muestra. Con imágenes idílicas, allí se muestra a un pueblo que por la tarde disfruta charlas sobre arte y ciencia celebradas en cálidos centros comunitarios, “protegidos de la Guerra que infectaba el mundo y liberados por fin de la represión contra los de su clase que se vivía desde hacía años en las calles de Alemania” (Lanzmann, 2013).

Se observan jóvenes practicando fútbol, viejos jugando ajedrez y mujeres cuidando jardines o paseando con sus hijos por las calles.

En virtud de la puesta en escena de Adolf Eichmann “un gueto modelo donde acoger junto a sus familias a los ancianos y enfermos que no pudiesen participar en la Segunda Guerra Mundial” (2013), muchos pasaron por su propia voluntad bajo el umbral de su puerta, pese a que rezase, como en Auschwitz, *Arbeitmacht-frei* “El trabajo os hace libres”.

“En Alemania corrió el rumor de que se había concedido una ciudad a los judíos con aguas termales, con hoteles y pensiones” (Murmelstein, 2013), escribió años después el propio Benjamin Murmelstein en su libro *Terezin, il ghetto modello di Eichmann* publicado por la La Scuola:

Dicho lugar idílico acogería a cualquiera que por su edad o por haber resultado inválido en la guerra no estuviera capacitado para trabajar. Las organizaciones judías estaban autorizadas a redactar contratos para conceder alojamiento vitalicio en ese spa de Terezin a cambio de renunciar a todas sus propiedades y dirigir las al fondo de Eichmann (2013).

La muerte, según Murmelstein, “no atacaba a sus víctimas por sorpresa sino más bien de forma ralentizada, como una fiera decrepita y desdentada. No hería: arañaba, dejaba pudrir” (2013).

La epidemia de piojos, la epidemia de tifus, el embellecimiento de la ciudad por partida doble, las emigraciones (algunas logran enviar grupos hacia España, Portugal, Israel-Palestina... otras eran enviadas hacia el Este –Birkenau, Auschwitz– donde irían a la cámara de gas), las cenizas de los muertos... El rabino, único *Judenrat* que sobrevivió a Thereziny que pasó un año y medio

encarcelado bajo la acusación de contribuir al asesinato sistemático de sus fieles, describe un campo que:

en la atmósfera abrasadora del verano, invadidos por los piojos y saturados por un hedor sofocante, uno podía encontrar en el suelo, sobre sus propios excrementos, a profesores universitarios, inválidos, condecorados de guerra, conocidos industriales y otros muchos que se habían llevado su documentación para probar que habían fundado escuelas, financiado hospitales, creado becas de estudios y ocupado funciones honorables (2013).

Es un pasaje que el propio Claude Lanzmann lee en el documental mientras la cámara muestra las imágenes de la fortificación.

“Llevaba siempre una ampolla de veneno para, en caso necesario, poder ingerirla inmediatamente. Era una precaución necesaria en esa época” (2013) pero luego de la cárcel y absuelto de los cargos se exilia en Roma, donde el Gran Rabino no le garantiza su seguridad pero donde puede vivir.

Benjamín Mulmelsteinal momento de ser encontrado por Lanzmann tiene 70 años, no ha querido volver a Viena ni tampoco trasladarse a Israel. Habla un alemán coloquial, no escamotea ni especula.

No se queja ni victimiza, no pretende convencer con argumentos ni tiene algo que demostrar. Dice. Sus palabras describen, relatan los hechos en los que participó, manifiestan las actitudes desde las que actuó.

Ante la interrogación aguda de Lanzmann, da a ver su fragilidad, intereses propios y egoístas –su propia supervivencia, por ejemplo– y a la vez con inteligencia deliberada denuncia el semblante filosófico de posguerra.

Benjamin Muremelstein declara ante las cámaras, cual Sherezade (la protagonista de *Las mil y una noches*, que conseguía evitar que el sultán la ejecutara dejando cada noche una historia inconclusa)

Yo sobreviví porque tenía que contar un cuento, tenía que contar el cuento del paraíso de los judíos, Theresienstadt [...] Es cierto que hice cosas que los otros no hicieron. Como judío sometido a Hitler no puedo permitirme el lujo de ser un caballero. Era un trabajo difícil. No se trataba de organizar excursiones turísticas, para entendernos. Un cirujano cuando está operando no puede llorar, el Presidente del Consejo estaba en posición de ser una marioneta, pero hasta esta marioneta debía actuar de forma que su posición le permitiera influir en el curso de las cosas. Nadie lo entendía ni debía entenderlo. De lo contrario, se habría llegado a la sangre.

Cuando dentro de 100 años se diga que los residentes del gueto eran unos santos, será la mayor mentira, eran mártires, pero no todos los mártires son santos (Claude Lanzmann, 2013).

Más allá de los enunciados, hay algo del orden de la enunciación que hace al relieve del documental.

¿Quién fue Benjamín Mulmestein? Un poco, nada más un poco, de su biografía. Nacido en Lviv en 1905 dentro de una familia judía ortodoxa, dotado de una erudición sobresaliente, a los 26 años se había convertido en Gran Rabino de Viena. Dos años después habría de arribar Adolf Hitler al poder en Alemania logrando la anexión de Austria, uno de sus proyectos, en marzo de 1938. En agosto de 1938 crea la Oficina Central de migración de Viena, utilizada para la deportación de judíos.

El punto es que desde esa fecha hasta el final de la guerra, los “asuntos judíos” son tratados por Eichmann con Murmelstein. Pero lo cierto es que proponiéndose dos veces para hacerlo, no le permiten declarar en el juicio seguido tras el descubrimiento de Adolf Eichmann en Buenos Aires en 1962 y ante el cineasta confiesa sin eufemismos haber colaborado con el responsable de la logística durante más de siete años. Denuncia que aquella noche histórica, la de los Cristales rotos, del 9 al 10 de noviembre de 1938, vio con sus propios ojos a Eichmann, cuando no era aún teniente coronel de las SS, abandonar Stadttempel –la Gran Sinagoga de Viena– con una palanca en la mano, después de participar físicamente en el destrozo del edificio. Entonces se sorprende por el hecho de que el tribunal que condenó a muerte en 1962 lo encontrase culpable solo participar activamente en la solución final, pero no de involucrarse en hechos singulares como los de esa noche.

El único de los líderes comunitarios que negociaban con los nazis que vivió para contarlo, absuelto en el juicio por colaboracionismo por un tribunal checo, sería condenado por el juicio moral de la comunidad judía, que declarándolo traidor, le niega la entrada en Israel.

Por cierto, la condena traspasa los límites de la vida. Muere en 1989 en Roma, donde Elio Toaff, el Gran Rabino, prohíbe a su familia enterrarlo junto a su esposa segregándolo a otra parcela del cementerio.

Resulta una verdad de Perogrullo, los nazis usaron a los líderes judíos para que pongan orden en su comunidad y colaboren con ellos. Ninguna relación simétrica. Tras la apariencia de negociación, los líderes judíos no podrían más que ejecutar, a duras penas, las constantes y exigentes voluntades de los nazis. No obstante la pregunta planteada al comienzo retorna en el aire:

¿procuró facilidades al verdugo o ante una tragedia inevitable su acción salvó judíos?

En el nombre del padre...

“Yo solo soy el hijo. El hijo de un hombre que cumplió con su deber”

Wolf Marmelstein a Filomena Rodríguez, 2013

Con el estreno de *El último de los injustos* Jot Down entrevista a su único hijo. El título de la entrevista Wolf Marmelstein: “Con seis años ya llevaba puesta la estrella amarilla que distinguía a los judíos” retoma la marca segregatoria. La entrevista, que citaremos, se encuentra disponible en <http://www.jotdown.es/2013/06/wolf-marmelstein-habia-salvar-lo-salvable/>

En ella, un ya septuagenario recuerda:

Tenía siete años. En el gueto de Therezín muchos llamaban cerdo a mi padre, gritaban “Murmelschwein, Murmelschwein!”. “Schwein” significa cerdo en alemán y transformaron nuestro apellido, Marmelstein, en Murmelschwein. Ese fue el primer insulto que oí. [...] Mi padre sabía tener el pico cerrado. Por eso sobrevivimos: en esa época era necesario mantener el más absoluto secreto, y aún así no era suficiente. Recuerdo haber oído decir una vez al comandante de Therezín que los judíos hablábamos demasiado. [...] Los alemanes dieron la orden de constituir los consejos judíos. Quien había escapado y estaba seguro no tenía de qué preocuparse. Mi padre era rabino en un barrio de Viena y se mantuvo en su posición mientras otros se po-

nían a salvo. Lo hizo porque era su deber, y porque lo contrario habría sido una impiedad. Por cumplir con su deber mi padre se tuvo que relacionar con personas que tenían instinto criminal, y si alguno no lo tenía se lo inculcaban. Pero mi padre consideraba que un rabino o dirigente de la comunidad tenía la obligación de continuar en su puesto, que debía formar parte del consejo judío y afrontar la muerte, como los propios rabinos ortodoxos dijeron. Uno de ellos dijo incluso que si la comunidad era condenada a muerte y por un medio u otro se podía salvar una parte de ella, los dirigentes tenían que salvar esa parte, tenían que salvar lo salvable. Y eso es lo que hizo mi padre (2013).

“Un cirujano, cuando está operando, no puede llorar”, le dijo su padre a Lanzmann espeta Filomena Rodríguez, que por cierto carece del talento de Lanzmann.

Eso es. Había que salvar lo salvable. Y salvar lo salvable en el caso de mi padre significaba aceptar el cargo de miembro del consejo judío de Therezín y hacer lo que pudiera. Es así de simple. Quien no estaba allí, quien estaba a salvo, no sabe nada. Y al menos debería tener el buen gusto de callarse [...] Mi padre está enterrado en el cementerio judío en Roma, lo que no permitieron es que fuera sepultado en la tumba de mi madre, nos obligaron a enterrarlo en el confín del cementerio. Ahora está en buena compañía, junto a algunos supervivientes de Auschwitz que posteriormente han sido enterrados próximos a él. Pero la verdadera ofensa fue el que no me permitieran recitarle la oración judía para que el difunto tenga paz, una oración que para nosotros es muy importante. Cuando me neg-

ron eso yo sufrí un auténtico *shock*, y me acordé de cosas que ya creía haber olvidado.

¿Ha vuelto en alguna ocasión a los lugares de su infancia, a Therezín?

No. ¿Para qué? (2013).

Más allá de la consonancia en los enunciados entre las dos entrevistas, la realizada por el genial Lanzmann en 1975 al padre y la realizada por la revista *Jot Down* en 2013 al hijo, sobresale la repetición y la convergencia en una frase “hacer lo que hay que hacer... salvar lo salvable”. Pero ante todo algo a nivel de la enunciación que se cuela en la claridad con la que se dirige al otro “Déjeme que le cuente cómo funcionan las cosas más allá del semblante”... se dice.

Con esa denuncia al semblante, nos vamos al otro término del título del presente trabajo: el cinismo.

De cinismos y cinismos

No va de suyo que nos entendamos cuando hablamos de cinismo. La diacronía de la lengua hace a su mutabilidad.

En la cotidianeidad suele nombrarse como “cínico” a alguien que miente descaradamente. Al estilo de Joseph Goebbels “Miente, miente, algo quedará, cuanto más grande sea una mentira más gente la creerá...”

Pero de ninguna manera es eso a lo que nos referimos cuando titulamos este trabajo.

Más bien, es una posición ética lo que intenta destacarse. Para la Real Academia Española, por lo pronto, su primer sentido es “Desvergüenza en el mentir o en la defensa y práctica de ac-

ciones o doctrinas vituperables”, luego “Impudencia, obscenidad descarada”, luego recién se añade “Doctrina de los cínicos (pertenecientes a la escuela de los discípulos de Sócrates)” y por último “afectación de desaseo y grosería” (En línea en: <<http://buscon.rae.es/drae/srv/search?id=INK7yeXKaDXX2vTmAXbb>>)

Recién en su acepción filosófica comenzamos a orientarnos. ¿Quiénes fueron los cínicos?

Para ir hacia ese lado, conviene que regresar a Grecia, cuatro siglos antes de Cristo.

El subtítulo de este apartado “De cinismos y cinismos” da una pista. Bien, si hay cinismos y cinismos, unos y otros no son idénticos.

Diferenciaremos el cinismo filosófico del moderno cinismo vulgar. El primero, referencia explícita al título del ensayo del filósofo Michel Onfray, alude al encarnado durante diez siglos por los “filósofos perros”, a los cuales el autor (que ha discutido bastante con Jacques-Alain Miller en los últimos años) reivindica.

Teniendo como padre a Antistines de Atenas (446-366 a.C.), discípulo de Sócrates, que enseñaba en el Cynosarges, gimnasio en las afueras de la ciudad donde se encontraban los excluidos, el cinismo filosófico brota en la civilización helénica como síntoma manifiesto de una cultura esclavista, represora y retórica.

Del mismo modo que el psicoanálisis, nacido unos 2500 años después en lo que Musil llama “los últimos días de la Humanidad”, el cinismo surge como el revés del discurso del amo y se caracteriza por el desprecio y desapego respecto de los semblantes.

Retoma Onfray entonces a un viejo comentador de las vidas de filósofos ilustres de Diógenes Laercio:

Tras la causticidad de Diógenes y su intención de provocar, percibimos una actitud filosófica seria, tal como pue-

de haber sido la de Sócrates. Si se dedicó a hacer caer una tras otra las máscaras de la vida civilizada y a oponer a la hipocresía en boga las costumbres del “perro”, ello se debe a que Diógenes creía que podía proponer a los hombres un camino que los condujera a la felicidad (Goulet Cazé, Al.-O., *L'Ascèse cynique. Un commentaire de Diogène Laërte*, VI: 70-71).

Agrafos, irónicos y sutiles, con implacable voluntad de lucidez, en detrimento de la grandilocuencia, los cínicos eligen la réplica sagaz, proponiendo una ética que no se pretende universal con una impresionante economía de palabras. Aborrecen el blablablá. Famosa es la crítica de Diógenes a Platón “¿Qué puede ofrecernos alguien que dedicó toda su vida a filosofar, sin haber inquietado nunca a nadie?” (2014, p.23e).

Pero esa es la parte si se quiere divertida, la de las anécdotas, las frases filosas, cortantes. “*Nunca conocí a alguien tan en carne viva, tan ligado a lo insoluble y lo inextricable*” decía Cioran del anciano cínico. De modo que no idealicemos.

En las antípodas, enmarañados en las redes capitalistas de producción, lejos están de aquella posición ética los vulgares cínicos actuales.

De retórica engañosa, subordinan la acción al éxito, por eso Onfray destaca en su base “el fin justifica los medios”, frase con la cual hace unos años Osvaldo Umérez jugaba diciendo “*Las leyes de mercado justifican los medios que tienen que ver con goces parciales*”.

Ningún despreciar los bienes. En la increencia de las “caretas”, saben que detrás del montaje no hay más que ansia de poder, fama, dinero pero lejos de retirarse, se adaptan a la ficción. Es más, de estar en el lugar de Diógenes los cínicos vulgares de hoy

bien hubieran usufructuado de la sombra de Alejandro. Desengañados, en el mercado de los bienes engañan.

Será un alemán, Peter Sloterdijk quien nos guíe en el asunto proponiendo en su tesis de doctorado *Crítica de la razón cínica* llamar cínicos a aquellos filósofos reivindicándolos.

Pues el pensar cínico solo puede aparecer allí donde han sido posibles dos puntos de vista de las cosas, uno oficial, otro no oficial; uno cubierto y otro desnudo, uno desde el punto de vista de los héroes, otro desde el punto de vista del ayuda de cámara (Sloterdijk, 2014: 328).

¿Una respuesta subjetiva frente al trauma?

“La guerra, la preparación de la guerra va acompañada de los artificios de la diplomacia, la desconexión de los principios morales, de días de vacaciones para la verdad y de una cosecha tardía de cinismo” (Sloterdijk, 2014: 345).

Citadas por Peter Sloterdijk en *Crítica de la razón cínica*, estas palabras dichas en 1936 por el primer ministro británico Stanley Baldwin, pueden enmarcar una reflexión.

¿Es posible que los 19.000 prisioneros que sobrevivieron a la llegada de las tropas soviéticas le deban la vida a Benjamín Murelstein?

No lo sabemos.

Probablemente no lo sepamos nunca.

¿Constituye acaso el cinismo una respuesta subjetiva, la suya?

Preguntas que quedan abiertas. Que siguen abiertas.

Bibliografía

- Zadoff, E. y otros. (2000). *Shoa Enciclopedia del Holocausto*. Jerusalem: E.D.Z Nativ.
- Freud, S. (1988). “Por qué la guerra”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1999). *El Seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (2003). *El seminario, Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2011). *Extimidad. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller*. Buenos Aires: Paidós. En línea en: <http://www.jotdown.es/2013/06/wolf-murmelstein-habia-salvar-lo-salvable/ç>.
- Onfray, M. (2009). *Cinismos Retratos de los filósofos llamados perros*. Paidós.
- Sloterdijk, P. (2014). *Crítica de la Razón Cínica*. Madrid: Siruela.